

Sobre el arte de enseñar Arte

ELENA RUÍZ SASTRE*

Mediada la década de los ochenta comienza a sentirse una animación en el mundo del arte; tanto en la creación como en el mercado. Esta espectacular ilusiónada, en principio positiva, irá acompañada por una crítica complaciente que empieza a consagrar deslumbrada a jóvenes artistas emergentes, al tiempo que olvida las consecuencias del fenómeno de la moda que años más tarde tanto desencanto va a acarrear.

Todo esto no quiere decir que no existiese paralela una crítica más realista, menos irresponsable y apasionada que la primera, que finalmente fue la que marcó la época, al menos desde 1986 hasta 1991 y aún más adelante. Y ni

que decir tiene que una y otra fueron la mayoría de las veces crípticas y herméticas, hasta límites en donde eran ininteligibles para la mayoría de los lectores.

Las consecuencias sociales de este fenómeno se dejaron sentir muy pronto. Una buena porción de la opinión pública proclamaba constantemente a la vista de las exposiciones, su incredulidad y se resistía a sumarse a esa corriente de afirmación automática de los nuevos valores al mismo tiempo que ponía en duda la bonanza del mercado, que proclamaba mientras excelentes cifras de ventas.

* Directora del Museo de Arte Contemporáneo de Ibiza.

Durante estos años se mimó la aparición de jóvenes, al menos por un sector, y se hizo de una manera oportunista, nada espontánea. Es verdad que el mercado estaba animado pero ¿sabemos con qué intención se compraba lo que se vendía? y ¿sabemos si se vendía todo lo que se decía?. La mayoría de la gente asidua asistió pasmada sin comprender muy bien lo que pasaba.

Algunos años más tarde, tratando de recordar obras y acontecimientos artísticos de verdadera relevancia, tengo que decir que hay poca cosa que merezca la pena y que muchas veces los protagonistas del recuerdo no son precisamente los brillantes jóvenes emergentes mimados por aquella pléyade, sino maduros o viejos artistas coetáneos de aquellos. Creo sinceramente que la visión que se ha tratado de proyectar sobre estos años ha sido una visión sesgada y parcial, y tengo la sensación de que es hora y urge reconstruir con ajuste a la verdad no sólo aquella realidad, sino la de ahora mismo.

La exclusión del arte contemporáneo de los planes de estudio en este país no sólo se ha producido en la Universidad, también en la Enseñanza Primaria y Secundaria. Lamentablemente el arte en la enseñanza primaria se desvía hacia la realización de trabajos manuales, consecuencia esto de la falta de preparación del mismo profesorado, que en su gran mayoría no acierta a transmitir la profundidad del proceso de creación plástica, debido a una inseguridad intelectual que tiene su origen tiempo atrás y que prefiere rehusar antes que acometer aunque sea con intuición y buen sentido; sin ningún miedo, la tarea de la expresión plástica entre los más pequeños.

Con frecuencia se olvida la capacidad de movilidad de los niños en el terreno de la imaginación, del color, de la composición. Esta desconfianza de los responsables de la enseñanza es imperdonable si se tiene en cuenta que estos pequeños deben crecer como

personas y no como aparatos de cálculo y precisión.

Pero no sólo se ponen trabas al proceso de enseñanza y experimentación del arte, tampoco se les facilita la comprensión del arte de los adultos. Los cuadernos didácticos que ofrecen Instituciones y Museos suelen estar llenos de propuestas a veces muy pueriles que los niños deshechan.

Las exposiciones son realizadas por adultos y para adultos pero son visitadas también por niños y queremos que lo comprendan todo. Me parece demasiado.

Debo decir, sin embargo, que la experiencia me ha demostrado que con frecuencia los niños comprenden más y mejor si los dejamos en libertad y no los mareamos con programas conducidos y cerrados, presumiblemente didácticos.

No quisiera que de este discurso se desprendiera la idea de la inutilidad de la didáctica. Mi creencia en ella es absoluta. La Didáctica es el arte de enseñar. ¿Hay algo más hermoso? Nada me gustaría más que los proyectos didácticos de Instituciones y Museos se ajustaran a tal definición. Salvo honrosas excepciones esto no es así y eso es lo que denuncio.

El distanciamiento del Arte en la Enseñanza Secundaria tiene otras características. Asignaturas como la Historia del Arte no existen más que en COU y además con la consideración de optativa. Si a ello se añade lo extenso del programa se comprueba que en la realidad, la segunda mitad del s. XX, la más cercana a nosotros, no se estudia. La falsa esperanza de que estos temas no caigan en Selectividad anima al profesorado a prescindir de ellos. La consecuencia: casi la totalidad del alumnado carece de una mínima familiaridad con el arte actual. Por otra parte la extensa programación del COU produce una escasísima

consideración hacia las actividades consideradas extraescolares, por lo que estos estudiantes apenas si pueden visitar exposiciones y Museos.

Los hábitos familiares de tipo cultural podrían paliar estos efectos negativos de la enseñanza y desde luego de ellos depende en gran medida la responsabilidad de sensibilizar hacia el arte, si en los centros de enseñanza se produce el olvido de dicho tema.

Pero todo esto es muy difícil de cuantificar y a fin de cuentas los padres son adultos inmersos en los mismos problemas que los hijos, pues tal es la antigüedad del déficit en enseñanza artística en nuestro país. Y no sólo en nuestro país.

Otro tema, yo diría que grave y que ha aquejado al panorama del arte actual, es el de la teoría sobre el arte, es decir, la crítica.

Sorprende constatar la cantidad de textos ininteligibles, vertidos en catálogos de exposiciones, periódicos, libros y pautas didácticas en estos últimos años de los que estamos hablando. No es admisible no entender aquello que se lee, no precisamente por incapacidad del lector sino más bien por todo lo contrario, es decir, lo confuso de la expresión escrita, la falta de cosas que decir o sencillamente la malintencionada voluntad del que escribe cuyo único precepto parece residir en enmarañar más que en clarificar.

Dicha crítica no es la única pero ha conseguido el suficiente volumen como para ser notoria.

Su consecuencia más inmediata es el desinterés y el desencanto por no hablar de los complejos que crea en el público más cándido. Pero hay más, otro sector queda aquejado de otra dolencia peor: la trivialidad, postura que en nada beneficia a la buena salud de este mundo del arte y que es el mejor cómplice de este tipo

de crítica. Esta postura ha dañado en lo más profundo, en donde más duele; en la creación.

Arte superficial, banal, intrascendente supongo que ha existido siempre. Es un arte que se niega a sí mismo, que no es arte, que no pasa la prueba de la Historia, ni siquiera de la más reciente.

La trivialidad no tiene cabida junto al arte, es precisamente lo contrario y no tiene perdón que esta influencia encuentre solar para crecer en la intimidad del taller del artista; allí en donde se produce el acto solitario de enfrentarse con idea y forma, con lo que uno es, conoce, sabe, puede expresar, observa y cree.

Sin embargo lo peor no es sólo que la trivialidad prospere, es más grave que ésta sea animada por la crítica del mismo signo, y salga al escenario público con pretensiones. Por fortuna la gente suele ser más sensata de lo que se cree y se extraña y piensa; lo ideal sería que también negara el paso de esta falsedad.

Sólo así el arte volvería a tener plena salud y gozaría del crédito que merece.

La búsqueda de la belleza debería tenerse en cuenta como principio fundamental tanto para el creador como para el espectador. La capacidad de comunicación y de expresión deben ser conmovedoras. El arte debe tener ilimitada capacidad de evocación, poder de transformación de la realidad hacia mejor, despertar de la conciencia y emocionar la sensibilidad del espíritu más desprevenido. La intemporalidad del arte verdadero, la vigencia continua es la prueba indeleble de su veracidad.

Pero hay que tomarse las cosas en serio y poner los medios tanto en la enseñanza como en todos los otros ámbitos de la sociedad para corregir la falsedad y proponerse de una vez por todas el reconocimiento de la excelencia.

Por último no quiero terminar sin antes mencionar el papel que las autoridades políticas, estatales, municipales y autonómicas, han jugado en esta época. Su principal defecto ha sido el de cuantificar la cultura. Se han realizado exposiciones sin ningún criterio, lo que es peor, sin ninguna proyección, el ¿por qué? y el ¿para qué? no se han tenido en cuenta, lo importante para ellos eran las estadísticas y conseguir que éstas fueran significativas no sólo en cuanto a número de actos, sino también en cuanto a visitantes. De ahí que lo más visitado fuese lo mejor y viceversa.

Esta falta de sensibilidad y este vacío de proyección han creado un caldo de cultivo necesario para la prosperidad del oportunismo y de nuevo la trivialidad. Lo grave ha sido no sólo eso sino que para llevarlo a cabo se han invertido enormes cantidades de dinero cuyo origen no es otro que los impuestos de los ciudadanos.

Que la irresponsabilidad y el desconcierto han sido los dominantes de la política cultural actual es innegable como lo es el hecho de que hayan existido aciertos, como por ejemplo la tendencia a conservar el patrimonio y la larga serie de exposiciones antológicas del pasado artístico inmediato.

La política cultural indiscriminada junto a campañas de difusión publicitaria dirigida a las masas han provocado fenómenos poco racionales, como lo son las largas filas esperando visitar exposiciones frente a los museos.

Es una paradoja que la previa paciente y abnegada excitación del público contraste sin embargo con la falta de emoción en el transcurso final de la visita. Este aturdimiento sensorial de aquellos que se dejan convencer por los medios de comunicación de masas, no es sino una señal más de la falta de salud del mundo del arte.

Macroexposiciones, carísimos montajes, comisariados geniales, artistas sublimes, sofisticadas salas, público paciente e inconsciente forman parte de un “Starsystem” de lo absurdo.

Un buen puñado de museos de arte contemporáneo se han creado en España en los últimos años, la mayoría maravillosas obras de arquitectura. Sólo con que se hubiera hecho el esfuerzo de aunar equipos, proyectos y finalidades específicas habría bastado, en su lugar se ha caminado por separado para terminar rehaciendo, adaptando o transformando aquello que ya estaba, presupuesto sobre presupuesto y todo a cargo del erario público ¿cabe mayor irresponsabilidad?

Espero que grandes dosis de generosidad e inteligencia puedan volver las aguas a su cauce y que unos y otros vengán a dejar fluir el talento y el buen sentido para que brille el arte de verdad.